

Configuración cultural de los Karib en Colombia: algunos comentarios e hipótesis

Carlos CASTAÑO URIBE

Colombia, extremo noroccidental de Suramérica, ocupa una posición privilegiada y significativa con respecto al curso migratorio de pobladores aborígenes desde épocas remotas. Testigo del paso de pueblos transeúntes, el territorio albergó asimismo en sus valles, cordilleras, sabanas, selvas y costas a innumerables comunidades humanas, que a través de los tiempos explotaron diversos hábitats por medio de sus culturas adaptativas particulares.

Yacimientos paleoindios, tales como el Abra y el Tequendama, en la sabana de Bogotá, testimonian la presencia de primitivos pobladores desde el 14.200 A.P. Con un género de vida nómada, tales grupos recolectores-cazadores ocupaban el entorno de los abrigos rocosos —y probablemente de campamentos al aire libre— sin manifestar variaciones fundamentales en su economía depredadora durante varios milenios.

Vestigios arqueológicos, datados en el 7.500 A.P., manifiestan, empero, una tendencia hacia la sedentarización. Permanencias relativamente prolongadas en un solo hábitat quedan expresadas en los enormes montículos de desperdicios localizados a lo largo del litoral caribe en las partes bajas de los afluentes y alrededor de las ciénagas y lagunas que caracterizan este ambiente lacustre costero. Característicamente pródigo en recursos alimenticios, tales como moluscos, peces, reptiles, mamíferos y otras presas menores, así como plantas procedentes de diversos microambientes, este entorno permitió la sedentarización expresada en una secuencia estratificada de los denominados «concheros» o acumulación de vestigios de las pretéritas actividades humanas, que algunos autores han denominado propias de un período ARCAICO.

Es bien sabido que estos ambientes lacustres favorecen la pro-

ducción de tubérculos, y es aceptada la tesis de que el Arcaico favoreció la domesticación de las plantas. En efecto, el sitio de Puerto Hormiga (estudiado por el Prof. Reichel-Dolmatoff) manifiesta la presencia temprana de alfarería (3100 a. C.) y del cultivo de la yuca tóxica, revelando una posterior incorporación del maíz con todos los elementos culturales involucrados en su producción. Cuáles fueron concretas de la incorporación de tal economía productora es un asunto aún discutido, pero existe la hipótesis de que la domesticación primaria de tubérculos procedió de la selva húmeda tropical amazónica, desarrollándose luego entre los grupos subandinos. La expansión de las prácticas de producción de alimentos y de excedentes almacenables proveerá, como es sabido, una gran movilidad geográfica, una mayor complejidad social, un considerable aumento demográfico y todos aquellos componentes de un nuevo período históricamente significativo de la evolución cultural del hombre, al que se denomina **FORMATIVO**.

Es un anhelo común a todos los prehistoriadores el definir con precisión todas aquellas etapas significativas de la carrera evolutiva humana, así como el definir la posición de los diferentes vestigios dentro de un esquema espacial y temporal.

En el caso americano, a la definición de estas vastas etapas evolutivas —paleoindio, arcaico, formativo, etc.— se agrega la definición de áreas culturales sincrónicas y diacrónicas con respecto a las cuales aún no hay acuerdo general. La investigación arqueológica en el Nuevo Mundo está aún iniciándose, y se apoya, sin excepción, en la ciencia antropológica que aporta otras diferentes ramas disciplinares: cultural, biológica y lingüística.

A través de tales aportaciones se ha establecido esencialmente cuáles han sido las distribuciones étnicas y lingüísticas sobre diferentes áreas, junto con otros aspectos de los procesos migratorios.

En Colombia hallamos entre las familias lingüísticas más importantes (por su número de dialectos y su dispersión geográfica) la *Árawak*, la *Chibcha* y la *Karib*, que, como grupos inmigrantes, engendraron una fuerte conjunción cultural entre sí con los grupos preexistentes. Acerca de todo este largo y complejo proceso la información aún es incipiente, pero en vías de resolver.

Trataremos en este artículo de esbozar algunos de los planteamientos más significativos de esta última familia, que ha estado implícita o explícitamente involucrada en una gran variedad de zonas arqueológicas y en sus procesos culturales. Es por este motivo por lo que se hace necesario un replanteamiento del fenómeno «*Karib*», superando la perspectiva única de la distribución geográfica de una familia lingüística y analizando la dinámica histórica del complejo cultural y su participación en el ámbito prehispánico. Pese a que al

establecer un «complejo» pretendemos mostrar un conjunto de manifestaciones compartidas, es necesario subrayar desde ahora que el grado de homogeneidad de estas expresiones no permite inferir una UNIDAD cultural clara y aprehensible. En algunos casos las similitudes artísticas, técnicas y simbólicas que se observan en estos grupos —y que han sido inferidas por varios arqueólogos— son más ideales que formales, y, por lo general, las particularidades y las disimilitudes son mayores cuando se intenta establecer los códigos estilísticos y tipológicos.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Aunque el término «Karib» pertenece, como se ha dicho, a un concepto lingüístico, cronistas e historiadores de las Indias emplearon indiscriminadamente este adjetivo para denominar a todos aquellos aborígenes guerreros, de marcado carácter belicoso —y practicantes en la mayoría de los casos de la antropofagia ritual— que se destacaron por la resistencia que opusieron a la invasión europea.

La autorización otorgada por la Corona para esclavizar a las poblaciones antropófagas (no sólo los Karib practicaban esta costumbre) desencadenó una gran profusión de informes erróneos que extendían y generalizaban el término a casi todos los aborígenes de las islas y de tierra firme que mostraran hostilidad al español.

A pesar de la tergiversación histórica del término, estudios de índole antropológica han podido determinar cuáles son las agrupaciones de la filiación lingüística Karib¹ existentes tanto en el siglo XVI como también actualmente.

Tal como lo indican algunos estudios, esta familia lingüística parece tener su origen y centro de dispersión en la región comprendida entre el Alto Xingú y el Tapajoz (Brasil), desde donde se desplazaron en varias direcciones².

DISTRIBUCIÓN KARIB EN COLOMBIA

Desde hace muchos años ha existido en Colombia —y principalmente en algunos autores— la tendencia de relacionar los depósitos y los elementos arqueológicos dentro de un área específica con aque-

¹ El término «Karib» con «K» ha sido empleado en diferentes trabajos para designar a esta macrofamilia lingüística (véase Ortiz, 1965). Nosotros creemos oportuno emplearlo para diferenciarlo de otros posibles significados toponímicos, étnicos (teniendo en cuenta la identificación de los cronistas), etc.

² Irving Rouse cree que su origen podría encontrarse en la región de las Guayanas, mucho más al norte de la anterior (comunicación personal).

lla distribución que mostraba nuestro territorio a la llegada de los españoles (siglo XVI) y que fuera transmitida hasta nuestros días a través de sus crónicas.

Esta tendencia desmesurada de intentar una identificación gentilicia de los vestigios arqueológicos ha causado, en la gran mayoría de los casos, un desacertado e ilusorio panorama dentro de la identificación de áreas culturales y su proceso histórico (zonas arqueológicas como la «Quimbaya», «Sinu», «Panche», «Pijao», etc. son sólo algunos ejemplos). La explicación de esto podemos encontrarla en la ausencia de una estructura cronológica en la cual sustentar las interpretaciones, ya que hasta hace muy pocos años eran contadas las investigaciones que podían disponer de análisis radiocarbónicos. Esto incidió en la práctica (generalizada) de interpretar los datos a través de comparaciones estilísticas (inter y extraterritorialmente) estableciéndose, al mismo tiempo, cronologías relativas. De igual forma se asumió el análisis comparativo «acronológico» en la identificación de centros de origen, rutas de difusión, adopción de rasgos e identificación macrolingüística generando cierto tipo de planteamientos que, hoy por hoy, requieren ser revisados.

Tal como se dijo anteriormente, el término Karib tiene una connotación eminentemente lingüística, y, aunque muchos investigadores han tratado de establecer las relaciones de esta familia con las manifestaciones cerámicas, el panorama es aún incierto. Para muchos arqueólogos la relación entre los datos lingüísticos, antropológicos y arqueológicos no es aún clara; sin embargo, fue el Prof. Paul Rivet quien más evidencias de este tipo trató de reunir para inferir la influencia de este «grupo» en el territorio colombiano (Rivet, 1943-44).

En este trabajo se hace referencia al mapa de distribución de la costumbre aborígen de deformar intencionalmente brazos y pantorriñas elaborado por A. Métraux (manifestación que aparece aquí limitada al norte del Amazonas). Según Rivet, esta práctica intencional «puede ser considerada como propia de la cultura Karib, de tal modo que su existencia en un área determinada constituye un indicio de valor para seguir los rastros de una invasión Karib en dicho área» (Rivet, 1943-44: 55).

Con base en la dispersión de figurillas antropomorfas precolombinas que muestran tales deformaciones, y con base en los relatos de los cronistas, este investigador define que la influencia Karib está «revelada por la arqueología» (ibidem) y da una serie de fundamentos lingüísticos y toponímicos que lo apoyan. Según este autor «... en Colombia existen dos grandes grupos Karib: un grupo occidental y otro oriental, separados por tres tribus emparentadas entre sí, cuya relación con los Karib es probable pero no demostrada: los Pantágora o Palenque, los Panche y los Pijao» (Rivet, 1943-44: 57).

Actualmente la influencia Karib está ampliamente señalada en la bibliografía arqueológica, y en los más recientes informes se localiza sobre algunas zonas de la costa atlántica —sobre la margen occidental especialmente— intensificándose en ciertos sectores del Darién y el Golfo de Urabá. Hacia el suroeste se prolonga, penetrando sobre los valles de los ríos Cauca y Magdalena y en la mayoría de sus afluentes. Igualmente, se observa su presencia en la costa pacífica (región chocona), la Sierra de Perijá, el Vaupez y la Amazonia, que corresponden a las áreas que Rivet (1943-44) reconoce como centros neurálgicos de habla Karib, basándose en los trabajos de Greenberg (en Ortiz, 1965: 201):

- a) Grupo Chocó.
- b) Grupo Perijá-Magdalena.
- c) Grupo Caquetá-Apaporis.
- d) Grupo Amazonas.

En el estado actual de nuestros conocimientos, sabemos que la «invasión» Karib no fue rápida, intensiva, ni mucho menos organizada, sino que se dio a lo largo de muchas décadas a partir de diversos puntos y utilizando rutas distintas. Aunque aún no se sabe exactamente cuándo penetraron, algunos investigadores habían señalado el siglo XII d. C. como un período probable, basándose en las comparaciones estilísticas de los vestigios cerámicos y orfebres de todo el país, y especialmente comparándolo con aquellos yacimientos en donde se habían podido obtener fechas radiocarbónicas. Hoy sabemos que en un yacimiento del valle medio del Magdalena estaban ya presentes para el año 1130 d. C.

Algunos investigadores resaltan el hecho de que estos grupos se mantenían en constantes enfrentamientos unos con otros, lo que les hacía suponer que el tiempo transcurrido entre los diversos arribos había sido lo suficientemente largo como para romper los posibles nexos afines. Sin embargo, esta explicación no presenta una disquisición satisfactoria desde el punto de vista temporal, ni tampoco esclarece el hecho de la excesiva agresividad reinante dentro de una misma «parcialidad»³.

En síntesis, podemos decir que existe una gran variedad cultural con respecto a estos grupos que han sido atribuidos a la familia lingüística Karib —evidenciada por el registro arqueológico— y un aparente distanciamiento entre unas migraciones y otras, lo que hace necesario una redefinición por lo menos en lo que respecta a la ex-

³ Término utilizado por los cronistas del siglo XVI con el que se designa a un poblado, una aldea o un caserío indígena.

plicación de esta diversidad estilística, tipológica, cronológica y, por qué no decirlo, cultural.

Creemos que —para efectos de un análisis detallado de esa «realidad» —es necesario separar en dos conjuntos culturales a estos grupos Karib, que arribaron a territorio colombiano, basándonos en todos los indicios arqueológicos, etnográficos, lingüísticos y antropológicos con los que se cuenta hoy.

Este intento clasificatorio es válido en la medida en que nos permite visualizar mejor el problema, pero es necesario advertir que ese encasillamiento debe únicamente tenerse en cuenta como un modelo tipificador de casos extremos y que existen casos intermedios que pueden compartir elementos de estos conjuntos de los que hablaremos a continuación. Por otra parte, creemos de suma importancia dejar en claro que la directriz actual de la arqueología estima más importante la definición y recuperación de los procesos y los modelos culturales que el tratar de inferir el origen y hacer denotar la filiación cultural cuando no se tienen suficientes bases para hacerlo. No obstante, creemos que es necesario esbozar algunos puntos que sirvan de base para futuros replanteamientos.

GRUPO KARIB TRADICIONAL (MAGDALENA-ORINOCO)

Surcaron las aguas del río Magdalena como vía de penetración de fácil acceso y se establecieron sobre sus orillas y en las bocas de sus afluentes, buscando quizá el clima tropical húmedo al cual estaban adaptados. Esta búsqueda de sitios que presentaran características parecidas a las que su tradición cultural estaba más íntimamente relacionada influyó inequívocamente en la selección de medios generalmente selváticos, cenagosos o de llanura.

Estas bandas, posiblemente basadas en lazos de parentesco, componían una comunidad económica y políticamente independiente con un patrón habitacional disperso. Estos grupos multifamiliares, que explotaban colectivamente un área de recursos común, formaban una unidad residencial dispersa.

La producción económica y su organización dependían de la «parcialidad» o grupo de descendencia. Eran sociedades esencialmente igualitarias, pues, aunque existía una acefalia política permanente, había un número de posiciones de prestigio similar al de las personas capaces de adquirirlas dentro de cualquier nivel generacional.

Sobresalen ocasionalmente dos personajes en determinadas circunstancias de tensión social o conflicto tribal: el shamán y el caudillo o líder guerrero.

La «parcialidad» constituía una extensión de las relaciones de pa-

rentesco entre familias consanguíneas. Cada una era independiente, pero funcional y estructuralmente equivalente a las restantes. La mayor cohesión e integración política existía primero a nivel de comunidad y, luego, a la de parcialidad, pues más allá de ésta no había una autoridad común a todas. De esta manera, el grupo de descendencia constituía la unidad más cohesiva y su agregación como conjunto regional no ocurrió sino esporádicamente hacia fines del siglo XVI (Castaño-Dávila, 1982).

No existía una dependencia de unas a otras debido a que su producción era igualitaria, pero es evidente que se empezó a incrementar el intercambio de ciertos elementos como medio de alianzas políticas o matrimoniales.

Tal como hemos dicho, el patrón de asentamiento era disperso y eminentemente defensivo. En estos grupos de carácter belicoso y agresivo se observa la selección de pequeñas explanadas en lo alto de una escarpada colina, desde donde podría tenerse un efectivo control visual del contorno y muy especialmente de las vías primarias, como los ríos, etc.

Las viviendas se encuentran diseminadas, dependiendo de la superficie disponible. Por lo general, se aprecian conjuntos de dos o cuatro estructuras; la distancia entre cada terraza habitacional varía en cada sitio, pero, por regla general, están lo suficientemente separadas como para tener autonomía y una independencia mediana.

En una de estas colinas del valle medio del Magdalena tuvimos oportunidad de excavar una vivienda de planta ovoide, con un área de sesenta metro cuadrados (60 m.²) aproximadamente, que por sus características constitutivas y su proxémica (relación espacial) nos hacen pensar en una vivienda tipo «maloca», característica de la región selvática (ibidem).

Este recinto de índole doméstico-familiar podía haber albergado entre 10 y 15 personas. La presencia de dos fogones (hogares) interiores y el tamaño de las ollas culinarias sugieren que la unidad de consumo era considerablemente grande.

Las huellas de poste se encuentran distribuidas perimetralmente sobre una elipse. Hay dos pares de postes centrales, cuya función fue la de sostener la cumbrera de la casa, y seguramente servir también como soporte para asegurar hamacas, junto con los horcones perimetrales.

En cuanto a la subsistencia, sabemos que la horticultura constituyó una actividad de suma importancia. Las sementeras se hacían en lugares escondidos de los intrusos, en sitios altos y junto a fuentes de agua. Su proximidad a la casa era indispensable para el cuidado permanente contra animales o intrusos.

Entre sus cultígenos se destaca el maíz (*Zea mays*) como una de

las principales fuentes de nutrientes, conjuntamente con los recursos que suministraban el río y las ciénagas. Según los cronistas del siglo xvi, los moradores de las márgenes del Magdalena cogían «miles de arrobas» de pescado en los períodos de la «Subienda» (Simón, 1953; Aguado, 1956; Epitome, 1979).

En los períodos secos se recolectaban cientos de huevos de tortuga y carne de reptiles y aves que se encontraban en este mismo medio.

Se sabe de la presencia de «Puertos» para sus canoas y ranchos de carácter temporal sobre los playones, mientras que sus casas estaban lo bastante distanciadas de las márgenes fluviales como para no ser observadas o tomadas por sorpresa, pero enclavadas en un lugar estratégico, que permitiera un rápido acceso al río.

Otros productos agrícolas importantes son: el frijol (*Phaseolus vulgaris*) —que aparece íntimamente asociado al cultivo del maíz en toda América— y constituyendo un importante complemento proteínico. La ahuyama (*Cucurbita moschata*), el ají, la arracacha (*Arracacha xanthosona*) y una gran variedad de frutas, entre las que se destacan la piña, el guamo, el anón, la guayaba, etc.

Por otro lado, existen dos productos que merecen nuestra atención, y que, a juzgar por las evidencias, debieron jugar un papel importante en la subsistencia aborigen. El primero de ellos se refiere al fruto del cachipay (*Bactris gasipes*) —conocido también con el nombre de chontaduro— y al cuesco de palma (*Schellea butyracea*), empleados posiblemente en la elaboración de bebidas fermentadas, y, de forma evidente, para ser consumidos directamente como fruto, en cuyo caso puede aprovecharse tanto el mesocarpio como la nuez. Podemos inferirlo así por la gran cantidad de trituradores líticos hechos para esta función seguramente. Estos tienen una forma discoidal (10 a 12 cm. de diámetro por 2 ó 3 cm. de ancho), con una horadación en el centro, donde se trituraban estas nueces (íbidem).

El otro producto es quizá el que puede caracterizarnos con más acierto este segmento étnico, aunque no de una manera directa. La yuca tóxica es, en efecto, un tubérculo vernáculo del medio amazónico y, por ende, de la selva tropical. Su utilización entre este tipo de comunidades debió ser generalizada, aunque a la llegada de los españoles estuviera en un evidente retroceso en el interior del país. No obstante, la variedad de yuca dulce (*Manihot dulcis*) estaba ampliamente difundida en casi todas las culturas interandinas de nuestro territorio, y era considerada un producto muy importante dentro de la dieta. Su presencia en estas áreas no presenta dentro de la literatura tanto interés como la variedad amarga o tóxica (*Manihot esculenta*), que parece identificarse por la presencia de platos pandos o «budares», que en un contexto de tierras bajas tropicales es siempre

un definitivo testimonio de la preparación del cazabe (o torta de yuca amarga).

Tal como lo anotamos anteriormente, es un hecho que el cultivo de esta variedad puede encontrar su origen más remoto en la zona amazónica y una práctica generalizada entre todos los grupos selváticos de floresta tropical. De ella han dependido desde hace cientos de años, gracias a ser éste un producto altamente adaptativo al medio y rico en nutrientes, aunque requiere como complemento indispensable las proteínas animales (caza y/o pesca).

Sabemos que en la zona andina, México, Centroamérica y parte de las Antillas y Venezuela el maíz tuvo una pronta y rápida difusión (seguramente desde diversos puntos de origen), dadas sus propiedades alimenticias. Este grano les proporcionaba una dieta balanceada de carbohidratos y proteínas; la yuca, por el contrario, carecía de suficientes proteínas. Más allá del valor nutritivo del maíz, siendo un alimento almacenable, proporcionaba un excedente agrícola, que, a su vez, fomentaba un incremento considerable en el desarrollo cultural. Quizá sea éste uno de los principales elementos catalizadores en la consecución del estadio de «civilización», a diferencia de las tribus selváticas que dependían de la yuca. Como es bien sabido, este tubérculo no es almacenable, excepto por muy poco tiempo debajo de la tierra. No obstante, las culturas Orinoco-Amazónicas aprovecharon la yuca tóxica para producir un producto almacenable: «el cazabe».

El hecho de encontrar remanentes del cultivo de yuca amarga en la región interandina (en Tamalameque según la Relación Geográfica y en la región de La Palma, según Suárez de Cepeda, 1958: 59) durante el siglo XVI sólo puede indicarnos que su utilización había entrado en desuso debido a la implementación del maíz, aunque años atrás fuera cultivada de forma generalizada, tal como lo puede mostrar la evidencia arqueológica. En efecto, existen numerosos sitios sobre todo el curso del río Magdalena, donde se observan fragmentos de platos pandos, posiblemente asociados a la preparación del cazabe (sitios como Espinal, Honda, Giradot, Pto. Salgar, etc.).

Es un hecho reconocido que la gran mayoría de estos grupos practicaban una economía mixta, y al decir mixta no sólo nos referimos a la variedad de productos agrícolas incorporados a su dieta, sino también al carácter polifacético de su subsistencia. En otras palabras, estamos ante un sistema económico que busca una estabilidad definitiva después de haber afrontado un cambio substancial en lo que podemos considerar su «institución tradicional». Esto se puede inferir de la evidencia arqueológica disponible. En primer lugar, asumiendo que la cantidad de platos pandos responde al empleo de la yuca tóxica, lo que sugiere que su consumo era bastante generalizado (por

lo menos en lo que se refiere al período anterior a la llegada de los españoles puesto que éstos no dejaron pruebas escritas de su utilización sino en muy pocos lugares, que podemos interpretar como «reductos»). El empleo de este tubérculo tenía un sentido tradicional, puesto que estos grupos venían de las tierras bajas del Orinoco y era un producto altamente adaptado a este medio. La búsqueda de asentamientos sobre las márgenes del Magdalena, con similares condiciones ecológicas a las de la floresta selvática tropical, sugiere la conveniencia de continuar con la horticultura de este alimento.

Sin embargo, la sustitución gradual de este tubérculo por el maíz fue inminente, gracias a las magníficas propiedades nutritivas y almacenativas que proporcionaba este último. No obstante, resulta interesante el hecho de encontrar en gran parte de estos grupos, que hemos denominado «Karib tradicional», una estrecha dependencia de la pesca y posiblemente de la caza, práctica que, dentro de un esquema «normal», estaría más relacionada con la horticultura de la yuca amarga que con la agricultura intensiva del maíz. Y es, quizá, una de las características más fehacientes de estos grupos Karib su dependencia del maíz pero complementándolo con otro tipo de prácticas propias de otro estadio socio-cultural: caza, recolección y, en algunos casos, horticultura de la yuca tóxica; asimismo una gran cantidad de instituciones sociales y cultura material típicas de los grupos de selva tropical.

Pensamos, por lo que indican las comparaciones arqueológicas, que estos grupos venían de sitios circunscritos al curso del río Orinoco y sus afluentes, estableciéndose a lo largo del río Magdalena, una vez hecha la penetración —en oleadas sucesivas e independientes, seguramente entre el siglo X y el XIII d. C.— al interior del país. Se pueden destacar a este nivel los asentamientos del valle medio del Magdalena, donde las características ambientales ofrecieron mejores ventajas adaptativas para estos recién llegados. Vestigios arqueológicos, como los del «complejo Colorados», se identifican comparativamente con los del río Caura, el Ventuari, el Atunes y muchos otros afluentes del Orinoco en Venezuela. Incluimos dentro de este grupo Karib tradicional tribus como los Tupe, Tomoco, Tamalameque y, en especial, a los Yareguí, Motilón, Opón-carare, Nauras, Nauracotas y a los Colima-muzo (aunque este último grupo se encontraba en un proceso trasculturativo hacia el conjunto «Karib integrativo», tal como lo definiremos más adelante).

Los elementos más significativos de este grupo son: portapene de caracol; navegación marítima y fluvial; artefactos de concha; flechas envenenadas; entierro secundario en urnas; brazaletes, narigueras y pendientes de hueso o semillas; budares y yuca amarga; afiladores y trituradores líticos; casa tipo maloca en la mayoría de los

casos; deformación de la pantorrilla y los brazos; cerámica incisa sin pintura y ausencia de orfebrería⁴.

GRUPO KARIB INTEGRATIVO

Se denota en este conjunto un elaborado y complejo sistema de alianzas intertribales. El intercambio de alimentos y bienes de consumo es necesario en la producción de mayor cantidad de excedentes. El comienzo de la diversidad social se advierte en las evidencias de no igualitarismo en los entierros, no sólo por el ajuar funerario, sino también en su morfología.

Rasgos comunes, como existencia de líderes autoritarios y una más amplia integración política, se ven justificados por el auge de los *conflictos inter y extratribales*. Los excedentes logrados a través de la agricultura intensiva y extensiva no sólo canalizan el fortalecimiento de una clase especializada en las «artes bélicas», sino que también se desarrolla el poder autoritario, muchas veces de carácter religioso y, por ende, circunscrito alrededor del culto «Sacerdote-Idolo-Templo».

La antropofagia ritual, los sacrificios humanos y las cabezas-trofeo se convierten en una costumbre generalizada; de igual manera se intensifican las prácticas deformativas, tal como la deformación craneana y la de pantorrillas y brazos con un sentido estético y, posiblemente, de status.

Se destaca, como en el caso anterior, la búsqueda de lugares con ciertas características para el establecimiento de sus viviendas. Se escogen sitios altos de fácil defensa y con la posibilidad de tener un amplio dominio visual. Esto favorecía la seguridad de la población que, en estos grupos, opta por concentrarse en núcleos densos. La inestabilidad causada por luchas internas y externas entre poblados y tribus próximas influyen quizá en este aglutinamiento poblacional y en las manifestaciones «arquitectónicas» y urbanísticas. Son numerosos los casos en los que se observa una gran empalizada alrededor del poblado a manera de fortín. Esta característica fue precisamente la que *determinó que los españoles las denominaran con el nombre de «palenques»*. Estos fuertes son característicos en las vertientes de la Cordillera Central, y siempre han sido identificados en zonas donde se aprecian los denominados «señoríos» o aldeas con una cierta unidad política y social. Su cohesividad no tenía, sin embargo, un

⁴ Gran parte de estos elementos fueron enunciados por Reichel-Dolmatoff en su artículo «Zonas culturales de Colombia y sus elementos constitutivos», 1946.

amplio espectro y, por lo tanto, la unidad entre grupos seguía siendo circunstancial y practicada a nivel de alianzas momentáneas.

Desafortunadamente, estos muros de doble pared hechos de troncos y piedras en su interior, que mencionan cronistas como Fray Pedro Simón, Aguado y otros, aún no han sido reconocidos ni documentados en la bibliografía arqueológica; tampoco se han encontrado evidencias de las fosas y trampas subterráneas alrededor de los poblados e inmediatamente excavadas al lado de los fortines, que son frecuentes en la zona pantágora y pijao, según las referencias del siglo XVI.

Se indican, asimismo, templos de grandes dimensiones —con respecto al común de las casas— generalmente en el centro de los poblados. Cercana a esta construcción, o a la vivienda del cacique o señor, era frecuente encontrar gran cantidad de cabezas-trofeo, engastadas en baras o estacas, como también sobre empalizadas y zarzos hechos para tal efecto.

Se nota una diversidad de estructuras, entre las que predominan las de planta circular, y cuyas dimensiones variaban según la función y la localidad. Viviendas, depósitos de alimentos o armas, templos y otras construcciones —como los recintos destinados a servir de morada a las mestruantes y que los españoles denominaron «primores»— conforman el conjunto habitacional.

En cuanto al aspecto económico, sabemos que el comercio (de trueque) se intensifica canalizando los sobrantes de producción (mantas, oro, productos de orfebrería, algodón, sal, etc.) y la explotación de los recursos naturales.

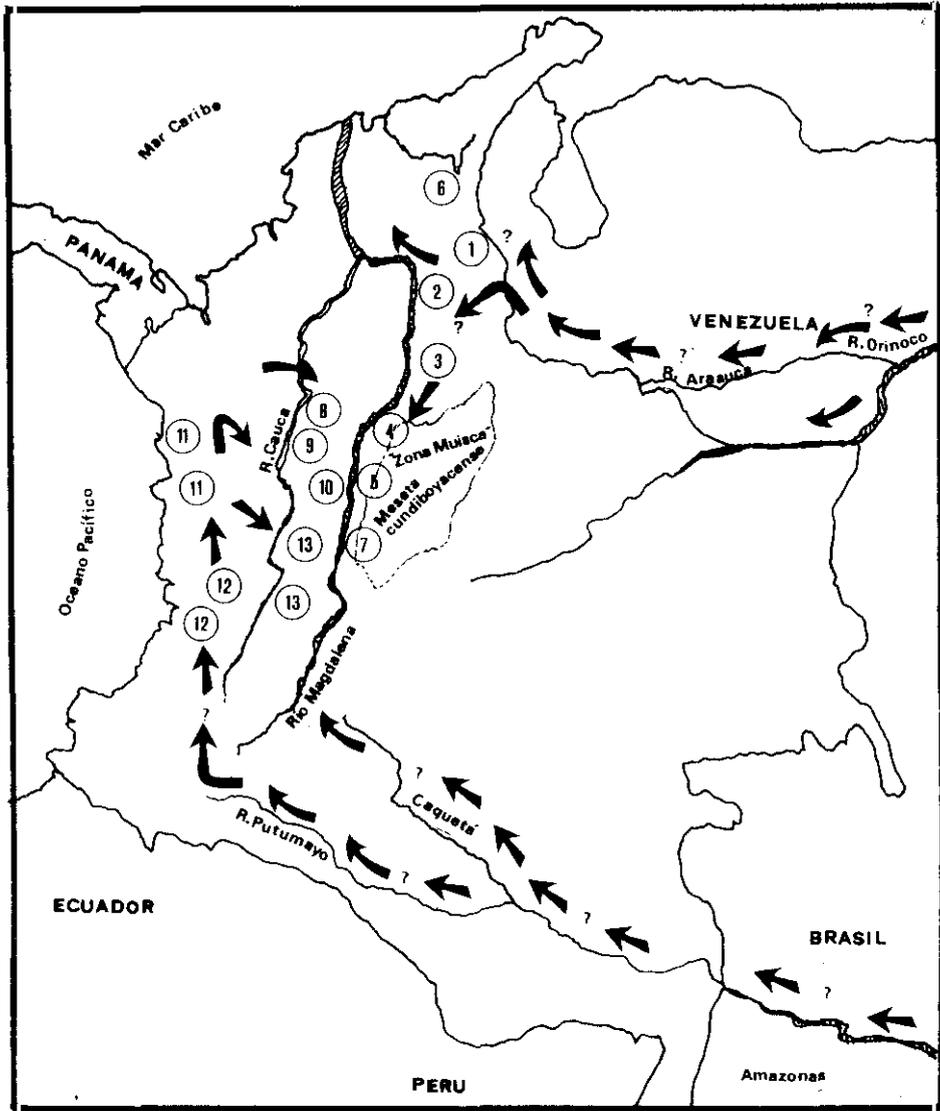
La agricultura y el cultivo del maíz se convierten en la base de la alimentación. El complemento básico se obtiene a partir de algunas variedades de frijol y de yuca dulce, y se adquieren ciertos productos de la tierra fría, como la papa, la quinua, el ñame y una gran variedad de frutas.

La práctica agrícola de tumba y quema con base en herramientas sencillas, como el hacha y el palo cavador, se sigue utilizando, pero el sistema de terrazas e irrigación se implementa en algunos sitios.

La cerámica adquiere un desarrollo importante, captando técnicas nuevas como la pintura positiva y, en algunos sectores, la pintura negativa. Los acabados son más detallados y el control de la manufactura y la cocción mucho más preciso.

Los ritos funerarios son complejos; los muertos se entierran en bóvedas profundas provistas generalmente de una cámara lateral donde se deposita el cadáver con su ajuar; y, en algunos casos, la defunción de un «señor» hace necesario el entierro de sus mujeres y sus esclavos.

La orfebrería alcanza un desarrollo tecnológico notable y adque-



Distribución de Grupos de habla Karib y las vías de penetración hipotéticas

TRADICIONALES

- 1. Motilón
- 2. Tamalameque (?)
- 3. Yaregüie
- 4. Naurá y Nauracota
- 5. Opón-Carare
- 6. Tupe
- 7. Panche

INTEGRATIVOS

- 8. Anserma
- 9. Quimbaya
- 10. Pantágora
- 11. Chocó
- 12. Lile y Timba (?)
- 13. Pijao

FIG. 1

re formas nuevas en la elaboración de las piezas, teniéndose como las representativas las de la zona Quimbaya y la zona Pijao⁵.

A toda esta gran cantidad de elementos culturales, sintéticamente expuestos aquí, podemos agregar la práctica de pintar el cadáver con pintura roja, la utilización de la nariguera tipo «cari-curi», armas como la lanza y la honda y otra serie de manifestaciones, como el shamanismo y el cultivo del algodón.

Intentar establecer la relación espacial y temporal entre los Karib integrativos y los tradicionales es, por el momento, imposible. No podemos asegurar que se traten de manifestaciones independientes o consecutivas, entendiendo esta última como derivación secuencial de un grupo a otro —de tradicional a integrativo— en términos de logros culturales, ya que la arqueología no nos permite deducir nada al respecto, mientras no se tenga un más amplio espectro de esa realidad pretérita que tratamos de entender.

En cuanto a la identificación de estos grupos, tenemos que remitirnos a los parámetros establecidos anteriormente por Reichel-Dolmatoff (1946) para lo que él denominó «grupo Karib-chocó», y que se identifican plenamente con los Karib integrativos que hemos tratado de analizar. Estos pueblos serían los siguientes: Quimbayas, Ansermas, Paucuras, Picares, Pantágoras, Pijaos, Chocoes y posiblemente, Amaníes, Aquales, Liles y Timbas, aunque estos últimos no han sido claramente identificados como pertenecientes al grupo lingüístico Karib.

En cuanto a su arribo al país, no sabemos nada. Las excavaciones arqueológicas en estas zonas han sido poco afortunadas en la localización de sitios estratificados y en la consecución de restos orgánicos, debido a la composición de los suelos y a las condiciones climáticas. Sin embargo, creemos que se podría pensar en un arribo anterior al grupo Karib tradicional, más aún cuando se parte, como lo hacemos nosotros, del hecho de relacionar a estos últimos con el «horizonte de urnas funerarias» del valle del Magdalena. Es decir, que si partimos de la hipótesis de que la introducción en el país del horizonte de urnas funerarias fue llevada a cabo por los grupos Karib tradicional —dada la similitud estilística y tipológica de esta práctica a todo lo largo del Orinoco— y establecemos, como lo hacen las fechas de C 14, que su expansión se realizó a lo largo del siglo XII, tenemos por hecho que estos grupos arribaron posteriormente, puesto que esta misma costumbre fue asimilada por los integrativos, com-

⁵ Algunos hechos y manifestaciones hacen suponer una relación estrecha con la zona Calima, al suroccidente de Colombia, sobre todo en lo que se refiere a técnicas metalúrgicas y a la producción de objetos orfebres.

probando así este nexo cultural y temporal en un momento determinado⁶.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL HORIZONTE DE URNAS FUNERARIAS

Tal como se sabe, la costumbre del entierro secundario en urnas viene de la América Central y la adoptaron en Suramérica los grupos Arawak y Karib. Sin embargo, es en este último donde se observa una serie de manifestaciones muy peculiares en cuanto a la morfología de las urnas y a su decoración.

Quizá el rasgo más característico del valle medio del Magdalena, en cuanto a estas vasijas, se refiere al adosamiento de una figura antropomorfa sobre la tapa. En éstas se observan rasgos recurrentes y estereotipados: deformación craneana, deformación de brazos y pantorrillas, ausencia de vestido, perforaciones para el engastamiento de alhajas en la nariz y orejas, sexo bien diferenciado, posición sedente (sobre pequeño banco o asiento) y colocación de las manos sobre las rodillas o el vientre⁷.

Estos elementos se encuentran representados en Colombia en las urnas funerarias de Puerto Mosquito, Puerto Nare, Puerto Serviez, Puerto Niño, río La Miel, río Guarinó, Puerto Salgar (Colorados) y Honda. Todos estos sitios, atribuidos por nosotros a grupos Karib tradicional (con un patrón selvícola-ribereño), comparten una estrecha relación con una gran cantidad de yacimientos arqueológicos sobre el río Orinoco (Maracano) y las estribaciones de la Cordillera de Mérida (Bocoró) en Venezuela, como también con sitios en Brasil, como Maraca, Monte Meya, etc.

Reichel-Dolmatoff (1943-44) fue el primero en darse cuenta de la importancia del «horizonte de urnas funerarias» como indicativo cronológico, ya que Rivet (1943) había resaltado las relaciones entre estas urnas, la cremación de los cuerpos y sus posibles artífices Karib.

La valoración sincrónica de este horizonte es clara y efectiva, pues, como sabemos, en la época de la conquista española las tribus del valle del Magdalena enterraban a sus muertos en bóvedas y no en urnas —como lo hacían siglos atrás. Es por este motivo por lo que «la capa de urnas funerarias del Magdalena representa un horizonte cultural anterior y distinto al que encontraron los españoles hace cua-

⁶ La anterioridad cronológica de los grupos integrativos en cuanto a su arribo al territorio colombiano podría estar comprobada por el alto nivel de adaptación alcanzado y su grado de desarrollo cultural, con respecto a los últimos reductos que en este artículo hemos denominado tradicionales.

⁷ En algunos sitios donde aparecen las representaciones antropomorfas suelen aparecer, acompañándolas o supliéndolas, las figuras de un felino (posiblemente el jaguar) que se esquematiza realista o figurativamente de acuerdo a la región.

tro siglos. La totalidad de los elementos observados con las urnas sobrevivió, pero este tipo de enterramiento fue cambiado por otros» (Reichel, 1943-44: 73).

Este autor identifica, por lo tanto, dos períodos diferentes: uno con urnas y otro con bóvedas. La distancia entre uno y otro no parece ser muy grande. El fin del período más antiguo parece que coincide con el desarrollo de la cerámica pintada, la industria del algodón y los comienzos de la orfebrería (ibidem: 76).

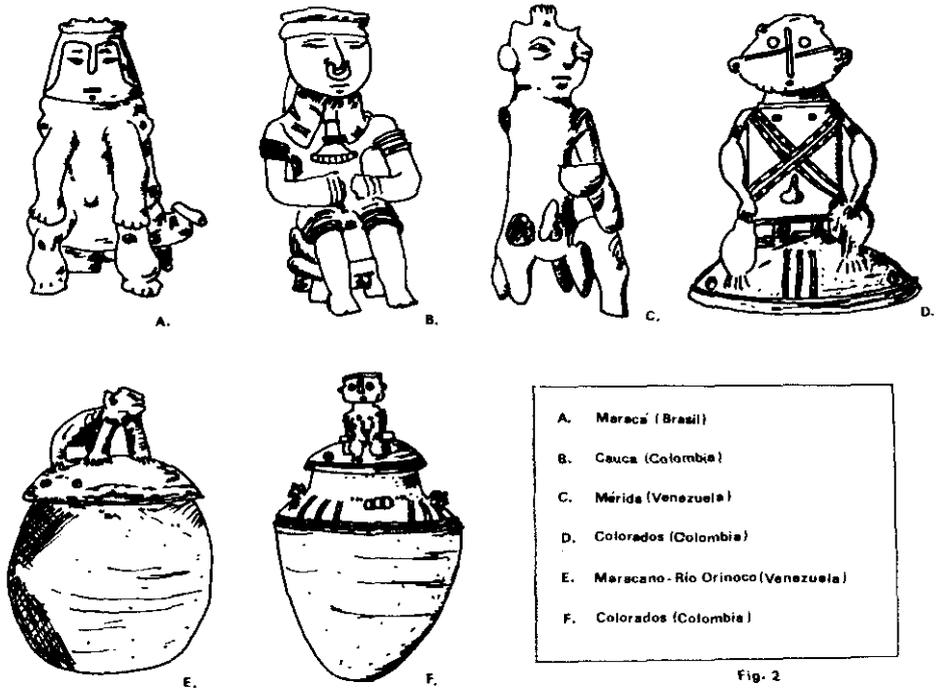


FIG. 2

SITUACIONES DE CONTACTO CULTURAL EN LA SABANA DE BOGOTÁ

Uno de los aspectos más interesantes en el análisis de las diversas situaciones de contacto intercultural es el poder determinar el grado y la intensidad de los elementos materiales, ideológicos y tecnológicos que son aceptados o difundidos de un grupo a otro, dando como resultado el fenómeno ACULTURATIVO.

En este caso concreto, resulta de gran interés el llegar a determinar las implicaciones socio-culturales que tuvieron diversas pre-

siones territoriales que ejercieron los grupos Karib (especialmente por parte de los denominados tradicionales) sobre los moradores de la meseta, pertenecientes a la familia lingüística Chibcha.

A esta última filiación pertenecen los Muisca, que se encontraban distribuidos en el altiplano cundiboyacense, área geográfica que, a juicio de muchos investigadores, incidió en el desarrollo de una alta cultura, teniendo en cuenta la extraordinaria riqueza de las altas y planas sabanas de la Cordillera Oriental. Aunque aún no se ha podido establecer arqueológicamente una profundidad cronológica considerable para este grupo, como lo suponen muchos autores, se sabe que su entrada al país debió ser anterior a la Karib y verosíblemente posterior al influjo Arawak.

Fuentes documentales acreditan a estos pueblos Muisca como poseedores de una desarrollada y compleja cultura, especialmente en lo que se refiere a sus instituciones políticas y sociales. Se alude insistentemente a la configuración de federaciones territoriales y al desarrollo del Estado.

Si bien es cierto que los cronistas hablan de una gran densidad demográfica en los estados del Zipa y el Zaque y una relativa complejidad de instituciones políticas, religiosas y sociales en sus dominios, las evidencias arqueológicas no se muestran tan complacientes en la determinación absoluta de estas descripciones. Existe un gran vacío teórico en el conocimiento de éstos, pese a ser una de las áreas del país que cuenta con más investigaciones y trabajos de campo. Desafortunadamente, aún no se conoce el proceso cultural, los focos primarios de irradiación ni la profundidad cronológica como para explicar las relaciones con los posibles grupos premuisca.

Tanto Reichel-Dolmatoff (1946) como Haurý y Cubillos (1953) coinciden en dudar de la desmesurada importancia que se le ha dado a este pueblo, debido a que, fuera de sus logros políticos y sociales, los avances en la cultura material, la tecnología, la explotación de algunos recursos, la densidad poblacional y su incidencia en el panorama de las culturas subandinas no muestran una destacada significación.

Con el fin de analizar el fenómeno de contacto cultural, es necesario tener en cuenta los posibles elementos de cultura material —que son, por cierto, los indicativos arqueológicos de ese contacto— que inciden a nivel de atributos y tipos formales en uno y otro conjunto étnico. Aunque los datos disponibles son aún insuficientes para comprender cuáles fueron los posibles cambios y las implicaciones de este contacto sobre los niveles más amplios y complejos de la cultura (tal como lo es la ideología y el sistema organizativo de la sociedad) esbozaremos a continuación algunos puntos susceptibles de tener en cuenta.

El contacto intercultural, cuando es abrupto, agresivo y constante —tal como debió ser éste— trae como resultado un estímulo inminente en el grupo agredido (receptor), si no quiere verse condenado a desaparecer como etnia o por lo menos a perder muchas de sus facetas tradicionales por imposición.

Sabemos que, al arribo de algunos grupos Karib al valle medio del Magdalena, la presión ejercida fue tan intensa que los grupos Muisca, poseedores de gran parte de esta región cálida y templada —que llegaba incluso hasta las mismas orillas de este río— tuvo que replegarse a sus dominios de la zona fría, es decir, a la meseta cundi-boyacense. Este retroceso implicó la pérdida de una gran parte de sus elementos de consumo y de manufacturas propias de las estribaciones de la Cordillera: el algodón, el oro de aluvión (frecuentes en algunos afluentes del Magdalena), varios productos alimenticios y la posibilidad de tener un mejor acceso a la ruta comercial del Magdalena. Quizá uno de los hechos más perjudiciales para los Muisca fue la pérdida de sus cultivos en tierra templada y caliente. Tal como lo demuestra actualmente la producción agrícola, el rendimiento de los cultivos de maíz es superior en esta zona que con respecto a la sabana. En efecto, en esta última región se obtiene una cosecha anual, mientras que sobre la hoya del Magdalena se logran hasta tres cosechas por año y un considerable aumento de frutos (mazorcas) por fanega cultivada.

Haur y Cubillos sostienen que, a pesar de que la agricultura fue la base de la economía chibcha, hay razones para pensar que una relativa y limitada parte de la meseta se encontraba cultivada antes de la llegada de los españoles. Según la distribución de los sitios de asentamiento ubicados sobre los declives montañosos que bordean la sabana, y cuyas excepciones resultan ser Funza, Fontibón y Chía, la agricultura no era posible a gran escala, puesto que la estación lluviosa traía consigo una inundación parcial de las zonas planas (Haury-Cubillos, 1953: 83).

El medio, desde este punto de vista, impuso el desarrollo de la agricultura de laderas y en numerosos sitios fue necesario recurrir a la construcción de aterrazamientos (con muy poca infraestructura lítica), tal como los que se observan en Facatativá, Tocancipá, Sopó, Chocontá, Tunja, etc.

Según estos mismos autores, las terrazas fueron construidas antes de la conquista española y durante el período de máxima expansión chibcha (ibidem: 84); sin embargo, motivos que expondremos más adelante nos hacen pensar que la causa de este tipo de apropiación del medio debió ser la presión ejercida por los Karib, obligando a utilizar al máximo el área que tenían a su disposición. Este hecho lo confirman los diques y los drenajes hechos en la zona pantanosa

de Funza —observables en fotografías aéreas— y los de otras áreas de la sabana. Esta necesidad imperativa de expulsar grandes volúmenes de agua está confirmada por la mitología muisca (origen del Salto de Tequendama) y de la obra de su dios civilizador: «Bochica».

Igualmente, creemos que una sociedad que se ve agobiada, perseguida y en constante peligro de seguir perdiendo más posiciones territoriales tuvo que estructurar una fuerza de choque ofensiva o por lo menos de defensa. Para conseguir este objetivo es inminentemente necesario lograr una cierta unidad interna y fortalecer una división de labores, a fin de lograr un relativo equilibrio socio-político.

El límite territorial entre Muisca y Karibs quedó establecido en términos generales por un cinturón natural entre los 1.500 y los 2.000 m.s.n.m. Esta franja de 500 metros representa una barrera natural, no sólo por lo abrupto de la topografía en muchos sitios (riscos y paredes verticales), sino también por el descenso evidente de la temperatura, al cual los invasores no estaban adaptados (física, biológica y culturalmente).

Esta barrera natural, sabemos, fue reforzada por la ubicación de conglomerados militares (Guechas) bien ordenados y dispuestos a defender a toda costa cualquier intento enemigo. Esta necesidad inminente demandó de la sociedad muisca una serie de excedentes mayores a los anteriormente conseguidos y requirió un tipo de organización seguramente más eficaz, que nosotros nos atreveríamos a pensar ocasionó una transformación substancial del modelo cultural imperante antes de la llegada de los grupos invasores.

Es posiblemente este elemento de presión karib, entre otros muchos factores, el que obligó a los Muisca a desarrollar un depurado sistema socio-político que fue posteriormente admirado y transmitido a nosotros por los españoles en el siglo XVI. Esta hipótesis puede servir, quizá, como base para explicar no sólo la incoexistencia entre el desarrollo socio-político y su desarrollo tecnológico —a nivel de la infraestructura «urbana», la manufactura cerámica y orfebre que no se ajustan al «modelo» de la cultura estatal incipiente—, sino otros fenómenos culturales a los que se les ha encontrado respuesta.

En primer lugar, sabemos que los Muisca no lograron —o no intentaron— recuperar un sistema de verticalidad de los productos agrícolas (agricultura intensiva y/o extensiva en diferentes pisos térmicos), tal como los grupos taironas de la Sierra Nevada de Santa Marta. Es probable que esta necesidad la hayan resuelto desarrollando un sistema comercial complejo, como de hecho lo hicieron, aún teniendo que pactarlo con los grupos Karib a todo lo largo de sus fronteras. El medio para lograrlo estuvo a su disposición gracias a uno de sus elementos de intercambio y de gran aceptación entre cualquier comunidad aborígen: en efecto, sabemos que la sal era

intercambiada con numerosas comunidades del actual territorio colombiano, aun en las zonas más alejadas.

La gran mayoría de los mercados importantes se establecieron precisamente en los límites del territorio muisca (Sorocotá, Vélez, etcétera) e incluso, en algunos casos, externamente a éste (Aipe). En estos lugares fijos de ferias periódicas se intercambió la sal, las mantas de algodón, las esmeraldas, el oro, el tabaco, la coca, el fique, el algodón en rama, los caracoles y las conchas.

Sin embargo, se reconoce que el «tybyn» o «sybyn» fue el fundamento, como sistema de las comunidades agrarias muiscas, del estado incipiente. El agrupamiento de la población agricultora se hizo necesario para la producción de excedentes destinados, en su mayor parte, a la protección de las fronteras y, en algunos casos, a su ampliación; ya que sabemos que el grueso del ejército estaba formado por *guerreros profesionales* —reclutados dentro del propio territorio— y tropas mercenarias (como los destacamentos de Vélez contratados por Quemuennchatocha) que en sus operaciones punitivas convirtieron a numerosos grupos consanguíneos de la meseta en confederados y tributarios. Igualmente, los excedentes se canalizaron en el mantenimiento de una clase dominante y en los sectores en cuyas manos estaba el poder de dirigir los designios de la comunidad (Uzaques y sacerdotes).

Los Muiscas, como pueblo de una compleja estructura religiosa, elaboraron un estilo propio y peculiar en la representación de sus deidades. Sobresalen, por ejemplo, las figurillas antropomórficas de manufactura esquemática hechas en una aleación de oro y cobre. Sin embargo, algunos autores coinciden en la determinación de que sus técnicas metalúrgicas puedan considerarse como otro de los aportes karib —planteamiento que aún no ha podido establecerse plenamente, puesto que no se sabe qué grupo o grupos lo trajeron, en qué época, ni de dónde— al igual que otros elementos introducidos, tal como el entierro secundario en urnas (Silva Celis, 1945), la deformación craneana (ibidem) y cierto tipo de rasgos cerámicos. En cuanto al aporte aculturativo muisca del cual fueron objeto los grupos karib que ascendieron de un medio ribereño a las estribaciones cordilleras, y que, por ende, se establecieron como vecinos territoriales, se destacan los productos de índole agrícola y muy especialmente todos aquellos atribuidos a un régimen subandino (p. ej., la papa que se consumía en algunos sectores Muzo-colima). Se observa, igualmente, en algunos sitios de esta geografía la incorporación lenta y paulatina del tejido de algodón (mantas) y la esporádica fabricación de panes de sal (de dos o tres pozos de aguasal existentes en el área) aunque de forma muy incipiente (Castaño y Dávila, 1982).

Si analizamos detenidamente este conjunto de asimilaciones encontramos que la gran mayoría de estos elementos estaban dentro del rubro de la producción agrícola y, muy especialmente dentro de aquéllos que ya tenían una probada y distinguible adaptabilidad al entorno que había sido objeto de expropiación. Excepto algunos casos de la incorporación de la técnica del tejido, por parte de las «prostitutas» (Muzo-Colima), y de la fabricación de panes de sal, en tiempos previos a la conquista, no se ha observado otro tipo de introducciones técnicas importantes. Es claro que, en el estado actual de nuestros conocimientos sobre este área del valle medio del Magdalena, no podemos ir más lejos y que gran parte de los planteamientos aquí expuestos no dejan de ser, hasta el momento, sino meras hipótesis susceptibles de ser replanteadas en lo sucesivo.

BIBLIOGRAFIA

AGUADO, Fray Pedro de:

- 1956 *Recopilación Historial*. Biblioteca de la Presidencia de la República, Vol. 4, Bogotá.

CASTAÑO, Carlos, y DÁVILA, Carmen L.:

- 1983 *Investigación arqueológica en el valle medio del Magdalena. Sitios Colorados y Mayaca*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (en prensa), Bogotá.
- 1979 Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XVI, Bogotá.

HAURY, E., y CUBILLOS, J.:

- 1953 «Excavaciones arqueológicas en la sabana de bogotá». *Social Science Bulletin*, University of Arizona, vol. XXIV.

MORALES PADRÓN, F.:

- 1958 «Aspectos de la cultura de los indios Muzo». *Anuario de Estudios Americanistas*, vol. XV, Sevilla.

ORTIZ, Sergio E.:

- 1965 «Lenguas y dialectos aborígenes». *Historia Extensa de Colombia*, vol. I, tomo III, Bogotá.

REICHEL-DOLMATOFF, G. y Alicia de:

- 1943- «Urnas funerarias en la cuenca del Magdalena». *Revista del Instituto*
- 1944 *Etnológico Nacional*, vol. I, Bogotá.
- 1946 «Las zonas culturales de Colombia y sus elementos constitutivos». *Boletín de Arqueología*, vol. II, Bogotá.
- 1919 «Relación geográfica de la ciudad de La Palma de Tamalameque». *Boletín de Estudios Americanistas de Sevilla*, Sevilla, núms. 24 y 25.

RIVER, Paul:

1943. «Influencia Warib en Colombia». *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol. I, Bogotá.
1944 *cional*, vol. I, Bogotá.

SIMÓN, Fray Pedro:

- 1953 *Noticias históricas de la conquista de Tierra Firme en Indias Occidentales*. Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá.